

**CULTURA POLITICA
DE LA SERIEDAD Y
CULTURA POLITICA
DE LA RISA**

* Gonzalo Soto Posada

CULTURA POLITICA DE LA SERIEDAD Y CULTURA POLITICA DE LA RISA

*** Dr. Gonzalo Soto Posada**

El autor presenta un concepto diferente acerca de la cultura política por medio de la comparación entre la cultura de la seriedad (lo oficial, lo permitido, lo requerido), y la cultura de la risa (lo vivencial, la vida cotidiana, la particularidad). La cultura de la risa permanece hasta que se concreta como acción política. Se hace, además, una reflexión sobre las prácticas políticas desde la vida cotidiana.

SERIOUSNESS POLITICAL CULTURE AND POLITICAL CULTURAL OF LAUGH

It is offered a different concept about political culture through the comparison between seriousness culture (the official, the allowed, the requested), and the culture of laugh (the personally experienced, the every day life, the particularity). The culture of laugh remains until it concretes as political action itself. It is intended to look at every day particular formation from political practices.

Ponencia presentada al Seminario sobre Cultura, Fe y Política, organizado por la Delegación arzobispal para la cultura de la Arquidiócesis de Medellín. Septiembre 4, 5 y 6 de 197. Quirama**

No sin temor, casi con temblor, nos atrevemos a incursionar en esta compleja y problemática relación cultura-política. La contemplamos conceptual y prácticamente y nos hallamos como en un laberinto. Con la diferencia de no ser Teseo y no poseer el hilo de Ariadna, de modo que, muerto el Minotauro, podemos gritar: ¡Eureka ! La Polis esta libre ! Por ello, de entrada, decimos lo que ya el viejo Aristóteles sabía cuando escribía sobre política: "Habremos realizado completamente nuestra tarea si tenemos claridad sobre la naturaleza del tema que tratamos. No puede exigirse la misma exactitud en todos los problemas, como tampoco en todas las obras de arte. Las cosas bellas y justas que constituyen el objeto de la política dan lugar a tales divergencias y a tales incertidumbres que se ha llegado a creer que son meras convenciones y que no tienen existencia real en la naturaleza de las cosas ... Así, pues, cuando se trata de temas semejantes y se parte de principios de esa naturaleza es preciso contentarse con mostrar la verdad de un modo aproximado y rudimentario. De aquí que deban acogerse con el mismo espíritu los diferentes puntos de vista que proponemos, pues un hombre ilustrado no debe exigir en cada género de objetos más precisión que la que le permita la naturaleza misma de la cosa que se trate ... Por tanto, en un dominio determinado, juzga bien quien ha recibido una educación apropiada,

** Posteriormente, el autor expuso el tema en el Seminario de Interdisciplinariedad de la Universidad Pontificia Bolivariana, organizado por el grupo de profesores del Curso Superior de Geopolítica en el mismo mes de septiembre.

mientras que en una materia que excluya toda especialización, el buen juez es el que ha recibido una cultura general". (Ética a Nicómaco, 1094 B 11 – 1095 A 2).

Por todo ello, nuestra pretensión es modesta y sencilla: presentar una posible alternativa de la relación cultura-política en medio del mosaico inmenso y gigantesco que dicha temática suscita, ha suscitado y suscitará. Esta posible alternativa sólo se esgrime como una indicación y sugerencia. No se pretende ni demostrar ni ocultar sino sugerir indicando, como lo expresaba bellamente el Oscuro de Efeso en su fragmento 93.

Nuestra tesis es esta: la relación cultura-política puede ubicarse en el horizonte de un humanismo. Pero, para evitar confusiones y/o sospechas, entendamos la afirmación. No se trata de rescatar ningún humanismo de los que la historia de la cultura y de la política ha gestado y tratado de poner en obra. No porque carezcan de sentido o estén superados como dinosaurios político-culturales, sino porque queremos que con la categoría humanismo se apunte en una dirección y configuración conceptual específica.

No entendemos, pues, humanismo a la manera de la Paideia griega y la Humanitas romana donde la filosofía era la razón de ser de la cultura y de la política, llegándose a proclamar la tesis de los reyes – filósofos. Tampoco pensamos darle a la categoría hu-

manismo un matiz religioso, tal como aflora, por ejemplo, en el contexto del Cristianismo, cosa que será objeto de presentación y discusión, precisamente en este seminario *. Ni es un humanismo como el acuñado por la filosofía alemana, sobre todo Kantiana y Hegeliana, en que la filosofía es juez de la cultura y legisladora de la política. Ni los pretendidos humanismos marxistas en muchas de las interpretaciones del marxismo y de la célebre tesis XI sobre Feuerbach: "Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo". Ni los humanismos con toques iluministas, positivistas, existencialistas, vitalistas, personalistas ... Ni la muerte del sujeto como portador de sentido para instaurar un antihumanismo en que el sentido se erige desde la estructura como nuevo sujeto histórico: el "formalismo nihilista" o "antihumanismo estructural": muerte del hombre como intencionalidad significativa, muerte de la historia como historia de las libertades humanas en cuanto la libertad es la conciencia de la necesidad histórica, reducción del hombre en cuanto ser de deseo, en cuanto dador de sentido y en cuanto libertad, a un ser de necesidades, a un puro lugar de producción de sentido, a un simple espacio de intercambios socio-económicos. Es la muerte del humanismo ... Podríamos seguir acotando más y más humanismos. Todos valen y en todos ellos la relación cultura-política tiene, ha tenido y seguirá teniendo una respuesta.

* Se refiere a Seminario sobre Cultura, Fe y política.

Nuestra tesis entiende por humanismo lo siguiente: la vida y sus intereses, la cotidianidad con sus olores, sabores, colores, dichos, particularidades, saberes, creencias, sonidos, poderes, deseos ... : "la forma de cocer los alimentos, de vestirse, de quererse, de trabajar, de asociarse, de gozar, de creer y de percibir", si usamos las expresiones de Jesús Martín – Barbero. Así, la cotidianidad remite a esos procesos por los que se desarrollan conocimientos, percepciones, valoraciones, producciones simbólicas, comportamientos, sistemas narrativos, certezas, evidencias vitales ... en los que se vive habitualmente y que se recrean continuamente. Es ese capital simbólico del mundo, ya como mundo de cosas, ya como mundo vital, ya como mundo social, ya como mundo expresivo. La cotidianidad es entonces el horizonte del mundo de la vida. las necesidades interpretadas como valores culturales, si tomamos las categorías de Habermas. La relación cultura-política en el horizonte de la vida y sus intereses cotidianos, ya prácticos, ya técnicos, ya emancipatorios, ya expresivos, es el marco de lo que aquí se entiende por humanismo. Con este horizonte de la vida y de la cotidianidad se renuncia a universalidades y trascendentalidades esenciales que operan desde un yo universal y no empírico. Se pretende instaurar la riqueza de la diferencia. Se prescinde de la homogeneidad como dadora de identidad político-cultural. Se rescatan las particularidades como los únicos universales concretos. Se deja que tome la palabra un nuevo protagonista: no un sujeto universal único

y necesario sino múltiples sujetos relativos y contingentes, individuales y particulares. Quien habla no es la vida como un a priori trascendental o como una diferencia específica o como una ley que desde la verificación y la cuantificación opera en y por los resultados y éxitos o como estructuras únicas y universales portadoras de sentido, sino la vida en sus avatares y vicisitudes, en su comer, oler, masticar, danzar, jugar, vestirse, beber, creer, temer, amar, hacer, obrar, comunicarse, dar y recibir, esperar y desesperar, gozar y sufrir, suficiencia insuficiente, posibilidad imposible, potencia impotente, seguridad insegura, absolutez relativa, rosa con espinas, esencia existencializada, realidad irreal, logros no logrados, perfección imperfecta, transparencia opaca, infinitud finita, eternidad temporal ... En suma: la vida con sus particularidades, que son mutables, cambiantes, insuficientes, relativas, temporales, que construyen destruyendo y destruyen construyendo. Este mundo de la vida como conjunto de posibilidades pero vistas como intereses que jalonan todo con una cadencia de ser y no ser es la cotidianidad de nuestro humanismo.

Digámoslo de otro modo: frente a la cultura de la seriedad: Unilateral, universal, prototípica, ejemplar, modelar, necesaria, unidimensional, totalizante para todo los aquí y ahora, impoluta, esencial, pura, privilegio en tanto propiedad privada de algunos iluminados que desde sus torres de marfil pontifican sobre el quehacer humano... proponemos una cultura de la riza:

plurilateral, particular, pluridimensional, abierta, plurisemántica, que se sabe no acabada y carente, no prototípica ni ejemplar, existencial, contaminada por el juego de la vida, variable como la vida misma, con continuidades y discontinuidades, rupturas, suficiencias e insuficiencias, sonrisas, juegos de lenguaje, contestaciones, sin pretensiones de ser única y absoluta. En esta cultura de la risa hay una visión del mundo, del hombre, de Dios, de sus mutuas relaciones. En ella la vida juega e interpreta. Pero su lógica es "al revés" de la lógica de la cultura de la seriedad. Esta, la seriedad, consagra la estabilidad, la inmutabilidad, la perennidad, la eternidad. Supone, por encima de las diferencias, una homogeneidad o identidad esencial: a pesar de las oposiciones de carácter, de civilización, etc., "los hombres son idénticos en todas partes", "no cambian"; las diferencias como los "accidentes" de la "sustancia" aristotélica, no hacen sino dar relieve a la identidad, lo mismo que las excepciones confirman la regla. La risa instaura todo lo contrario. Ella, con categorías medievales, ancla su puerto y navega por las aguas de la "rueda de la fortuna" que, como la luna, siempre crece y decrece. O, citando el Cancionero de Antioquia, ella canta:

Ninguno cante victoria
Manque en el estribo esté,
Que muchos en el estribo
Se suelen quedar a pie.

En este contexto, la cultura de la risa reivindica la "astuta costumbre" de Parmé-

nides. Si para Parménides, la "astuta costumbre" era el camino de los bicéfalos de los no videntes, de las particularidades y mutabilidades, de la dóxa nunca hecha alétheia, mero desandar de pasos por su ser contaminado de no ser, en cuyo camino sólo habita la perplejidad y la terrible morada de la noche, aquí, desde la risa, se recupera como camino para el saber, el conocer, el obrar, el vivir. Esa "astuta costumbre" como cotidianidad reconoce que la verdad es posible en tanto que probabilidad, que el error y la verdad son asuntos humanos y vitales, que la mutabilidad es riqueza y no carencia, que más que con definiciones el conocer trabajo con complicaciones, que la vida, más que hallazgos, es búsqueda, que se anda desandando, que el atrás puede ser adelante y el adelante atrás, que la unidad es diversidad, que la semejanza no suprime la diferencia, que el saber es aproximación y símbolo, que la exactitud está preñada de inexactitud, que si las circunstancias no se adaptan a mi voluntad, mi voluntad tiene que adaptarse a las circunstancias, como sabía el griego Estobeo. En definitiva: que no hay enfermedades sino hombres enfermos. Estos hombres enfermos personifican aquí la cotidianidad, la cultura de la risa y de la vida. Esas enfermedades, universales y abstractas, personifican la cultura de la seriedad. Nuestro humanismo dialoga, desde la risa, con los hombres enfermos y sólo así con las enfermedades. La seriedad, en cambio, dialoga con las enfermedades y sólo así con los hombres enfermos.

Si se nos permite expresar lo que llevamos dicho con una alusión a una obra literaria, podemos hacerlo: es **El Nombre de la Rosa** de Umberto Eco. Jorge de Burgos es allí la cultura de la seriedad, es la cultura como pragmática trascendental: todo está dicho, definido e interpretado. No hay que buscar pues todo está ya encontrado y en forma definitiva. La cultura solo tiene que vigilar y custodiar lo que ab eterno ya se estableció para siempre. Guillermo de Baskerville, en cambio, es la cultura de la risa, de la cotidianidad: ningún texto está definitivamente escrito ni definitivamente interpretado. La vida es este texto siempre escribiéndose, nunca totalmente escrito. La cultura es esta vida siempre haciéndose, nunca totalmente hecha. Esta vida-cultura es así un *facendum*, no un *factum*, un gerundio, no un participio. En este juego de siempre — nunca, la cultura como vida definitivamente no definitiva busca para encontrar y encuentra para buscar, es rica en la pobreza y pobre en la riqueza y sabe, como Francisco de Asís, que se necesita muy poco y este poco muy poco. O recordando de nuevo el Cancionero de Antioquia, canta :

Gracias a Dios que ya tengo
Dos camisas pa mudar,
Una que se me acabó
Y otra que voy a comprar.

Planteadas así las cosas, se debe dialogar con la cotidianidad y sus particularidades como posibilidad para que la cultura

se haga vida. Se debe entrar en relación con lo múltiple y cambiante para que la cultura sea un universal concreto y un concreto universal. Es un vérselas con las contingencias culturales para reconocer sin miedo que la diversidad es la condición de la identidad. Es reconocer que tan particular es una obra de Miguel Angel como una pintura en un carro de escalera, que tan importante es la música de Beethoven como la salsa o el vallenato. Al fin y al cabo, todas son producciones humanas y como tal sujetas a la condición humana: vida que muere y muerte que vive. De este modo, la historia como cultura hace que el presente sea inexplicable sin el pasado pero irreductible a este mismo pasado. Es el juego de las diferencias.

Pues bien: Así como hay unã cultura de la seriedad y una cultura de la risa, también podemos hablar de una política de la seriedad y una política de la risa. O mejor: de un ejercicio político de la cultura desde la seriedad y un ejercicio político de la cultura desde la risa. Intentemos dilucidar ambos ejercicios y distinguirlos. La cultura política de la seriedad en nombre de las libertades instaura los determinismos. La cultura política de la risa, en los determinismos procura las libertades. La seriedad, en nombre de la liberación construye la servidumbre. La risa, en la servidumbre busca la liberación. La seriedad, en nombre de la abundancia maneja la escasez. La risa sabe, como ya lo sabía Francisco de Asís, que se necesita poco y este poco muy poco. La

seriedad, en nombre de la riqueza administra la pobreza. La risa, recordando al Poverello de Asís, sabe que la mayor riqueza o tesoro es la pobreza. La seriedad, en nombre de la equidad instaure la libido possidendi. La risa, en la libido possidendi busca la equidad. La seriedad, en nombre de la paz piensa en la guerra, tal vez por aquello de "si quieres la paz prepárate para la guerra". La risa, a pesar de que sabe que la razón guerrera es connatural al hombre, trata de asfixiarla con la razón concordia. La seriedad, en nombre de la identidad destruye la diversidad. La risa, desde la diversidad construye la identidad. La seriedad, en nombre del estado de derecho crea un estado de hecho. La risa sabe que solo cuando de hecho el derecho es un hecho se puede hablar de un estado de derecho. La seriedad, en nombre de la autoridad instaure el poder como dominación, o, con categorías agustinianas, en nombre del officium consulendi instaure la libido dominandi. Para la risa, la autoridad termina cuando se convierte en poder, o, con S. Agustín, en la libido dominandi procura el officium consulendi. La seriedad, en nombre del amor instaure el amor al poder. La risa, en nombre del amor instaure el poder del amor. Para la seriedad, lo ético de la política es lo político operando, por lo mismo, con aquello de "el fin justifica los medios". Para la risa, lo ético de la política es lo ético pues el fin no justifica los medios ya que sabe como Tomás de Aquino, que los principios de la razón especulativa son los fines de la razón práctica y las consecuencias de la razón especulativa son los

medios de la razón práctica. La seriedad, en nombre de la razón de estado acaba con el estado de la razón. Para la risa, el estado de la razón es el fundamento de la razón de estado. La seriedad piensa que las formulaciones ya son vivencias. La risa sabe que solo las vivencias son la razón y sentido de las formulaciones. Para la seriedad querer es poder pues del "dicho al hecho no hay trecho". Para la risa, recordando a Leonardo da Vinci, cuando no se puede lo que se quiere, hay que querer lo que se puede, pues del "dicho al hecho hay mucho trecho". La seriedad, en nombre de la máxima variedad en el mínimo espacio, instaure la mínima variedad en el máximo espacio. La risa todo lo contrario. La seriedad, con base en lo geopolítico, construye centros de poder e imperios. La risa, a pesar de lo geopolítico, sigue creyendo y procurando la solidaridad, la convivencia, la ciudadanía cósmica. La seriedad, en nombre de la pluralidad, respira unidimensionalidad por todos sus poros. La risa, es la unidimensionalidad intenta que brille la pluralidad.

Pudiéramos seguir anotando muchas otras distinciones. Contentémonos con las dichas. De todos modos, la distinción entre la cultura política de la seriedad y la cultura política de la risa puede expresarse con gráfica plasticidad en la frase de Mark Twain: "El cielo se gana por favores. Si fuera por méritos, usted se quedaría afuera y su perro entraría".

Con base en estas reflexiones, nuestra tesis es muy simple: intentemos tocar, per-

mear, untar de risa la seriedad. Si logramos que la seriedad ría, esta sonrisa de la seriedad hará que la risa sea lo más serio de la cultura y la política. Por esta sonrisa de la seriedad nos atrevemos a repetir hoy lo que André Maurois escribía en sus Memorias: “Siempre he creído que las palabras, más que los hechos, separan a unos hombres de otros y que en el silencio y en la acción es más fácil llegar a una alianza. Todavía hoy, en mitad del caos en que muere una civilización, aguardo con ansiedad las ocasiones de aproximación, sin que tantos fracasos hayan matado en mí la tenaz y quizá absurda esperanza de que el amor triunfe sobre el odio”. En esta sonrisa de la seriedad vuelvo a recordar lo que Agustín escribía sobre la concordia en la Ciudad de Dios: “La paz de los hombres e la ordenada concordia. La paz de la casa, la conforme uniformidad que tienen en mandar y obedecer los que viven juntos. La paz de la ciudad, la

ordenada concordia que tienen los ciudadanos y vecinos en ordenar y obedecer. La paz de la ciudad celestial es la ordenadísima sociedad establecida para gozar de Dios, y unos de otros en Dios. La paz de todas las cosas, la tranquilidad del orden, y el orden no es otra cosa que una disposición de cosas iguales y desiguales, que da a cada uno su propio lugar”.

Hemos llegado así al fin de nuestro recorrido. Para concluir, rematemos con una cita que sintetiza muy bien nuestra propuesta. Es del ya varias veces citado San Agustín: “Busquemos para encontrar pero encontraremos solo la capacidad de buscar al infinito”. Busquemos pues como buscan los que aún no han encontrado y encontraremos como encuentran los que aún han de buscar. Eso es la cultura, la vida, la política: ¡ Cultura política de la risa !